

drado del número místico 3. Si se multiplica por 81 el período de los 19 años (*Chang*) resulta un período 1,539, llamado *tong*, tres de los cuales, ó sea 4,617 años, forman el *yuen*, esto es, origen ó principio. Si este período se multiplica por 31, número encarecido también por Confucio, resulta cabalmente el de 143,127 años, atribuidos á la edad fabulosa.

Pudiéramos seguir al padre Gaubil en otras comparaciones semejantes; pero lo ya dicho basta á nuestro objeto, que era probar que tal multitud de siglos debe relegarse á la categoría de los sueños y las cábalas. Los demás cálculos, aunque se adopte la medida más larga, no se oponen en nada á los libros sagrados, que, según el código samaritano, colocan el diluvio treinta y cinco siglos antes de Cristo.

CAPÍTULO XXV

Primera, segunda y tercera dinastías.

2205-1766. La primera dinastía, llamada de los Hia, empieza desde que Yu se encargó por sí solo del gobierno. Antes había dado ya cima á trabajos mucho mayores que los del Griego Alcides, desmontando selvas, cegando lagunas, regularizando ríos, midiendo montañas, haciendo entrar en su deber á los Bárbaros, emprendiendo navegaciones y repartiendo con equidad los impuestos. Elegido emperador, tenía su corte en el Chan-si, donde se lee la copia de una inscripción que puso en el monte Eng-Chan, en el cual los antiguos emperadores solían ofrecer todos los años un sacrificio al Ser Supremo; copia que si se considera auténtica, es el más antiguo monumento que se ha escrito. Está concebida así:

« Dice el venerable emperador: ¡Oh auxilio y consejo mio, tú que me alivias en la administración de los negocios! Las grandes y pequeñas islas hasta su cúspide, todos los nidios de las aves y de los cuadrúpedos, todos los seres inanimados, se hallan inundados en grande extensión. Provee, haz que se retiren las agitadas aguas.

« Mucho tiempo hace que he olvidado enteramente á mi familia; descanso en la cima de la montaña Yo-lu. He puesto en actividad los espíritus con la prudencia y las fatigas. El corazón no conocía horas: el trabajo continuo era mi reposo. Las montañas Hoa, Yo, Tai y Eng han sido principio y fin de mis empresas. Concluidos los trabajos, he ofrecido á mediados del verano un sacrificio en acción de gracias. Cesó la aplicación; la confusión de la naturaleza se ha desvanecido; las grandes corrientes que venían de Mediodía han ido á parar al mar: podrán hacerse los vestidos de tela, prepararse las comidas; los diez mil reinos estarán en paz y podrán entregarse á la alegría (1). »

(1) Amiot envió á la biblioteca real de Paris una copia fiel de esta inscripción, en caracteres de seis pulgadas de altura,

Se nombró para sucederle á su hijo Ki, y desde este príncipe el título de Ti (emperador) se mudó en el de *huang*. Su reinado fué de breve duración, y su sucesor Tai-Kang se cuidaba solo de los placeres, y consumía en la caza meses y meses. Doliéndose sus hijos de esto, recordaban las virtudes de su abuelo y decían, sentados á la embocadura del Lo: « Así está escrito en los documentos de nuestro imperial abuelo Yu: » Amad al pueblo, no lo despreciéis: él es el fundamento del Estado; si el fundamento es sólido, el imperio permanece en paz. Hasta los más humildes pueden llegar á superarme. Si un hombre incurre á menudo en falta, ¿aguardará para corregirse á que resuenen en público las quejas? Antes de que esto suceda, es preciso estar alerta. Cuando los pueblos me acusan, tiemblo como al ver seis fogosos corceles guiados con riendas gastadas. ¿No es natural que el que manda á los demás esté siempre inquieto? »

Á esto, que dice el primer hermano, añade el segundo: « Según la mente de nuestro augusto abuelo, el amor excesivo á las mujeres, á las grandes cacerías, á las bebidas fermentadas, á la música deshonesta, á la construcción de palacios, á las paredes pintadas, son seis vicios de los cuales basta uno para arruinar á un hombre. »

Y el tercero: « Empezando desde Yao, los reyes tuvieron su residencia en Ki: esta ciudad se halla perdida actualmente, por haberse descuidado su ley y su doctrina. »

Y el cuarto: « Nuestro augusto abuelo practicando asiduamente la virtud, llegó á hacerse célebre y fué dueño de los cinco países: dejó preceptos de buena conducta y un modelo á sus sucesores. En el tesoro están las pesas y las medidas que deben emplearse y servir con igualdad en todas partes. Su doctrina y sus leyes yacen abandonadas; no existe ya salón donde honrar á los antepasados, y celebrar las ceremonias y los sacrificios. »

Finalmente el último exclama: « ¡Ay de mí! ¿qué he de hacer? me agobia la melancolía; soy odioso á los pueblos. ¿Á quién acudiré pues? Llevo el arrepentimiento en el corazón y en el semblante la vergüenza. Sepáreme de la virtud; pero ¿puede mi arrepentimiento reparar lo pasado (1)? »

Los hechos que se recuerdan de aquellos primeros reyes son cabalmente cacerías, excursiones contra los Miao-seu, ó hijos de los campos incultos, como llaman á las tribus salvajes, que siempre han existido y aun existen en medio de aquel culto imperio; y guerras con los pueblos limítrofes en las cuatro extremidades cardinales del reino del Medio y que debían ser los Indios y los Tibetinos.

con la traducción francesa. En 1802 fué publicada en Paris por T. Hager; y en 1811 en Halle por Klapproth. Está escrita en antiguos caracteres chinos, llamados *co-teu*, ó sea en figura de trulla.

(1) *Chu-king*, II, 3.

2139. Tai-Kang, que se separó de la senda seguida por sus padres, fué arrojado del trono, sucediéndole su hermano Chung-Kang. Este emperador es el mismo que condenó á muerte á sus ministros Hi y Ho, porque no le predijeron un eclipse. Siendo los eclipses mirados en la China como de siniestro agüero y como anuncios de la cólera del Cielo hechos á los reyes, han sido siempre observados con suma atención: al aproximarse uno de ellos, van los mandarines al palacio armados de arco y flechas, como para ayudar al rey que representa en la tierra al sol, y le ofrecen piezas de seda en honor del Espíritu; el ciego encargado de la dirección de la música toca un tambor, y el emperador y los grandes se visten sencillamente y ayunan. Así la aparición de uno que no se esperaba, ni había sido anunciado, podía perturbar el orden que en la China, y no únicamente en la China, se considera como la primera condición de un pueblo bien administrado. Pero ya entonces no se ve reinar entre el pueblo y el rey aquella armonía que constituía su felicidad en tiempo de los reyes fabulosos. Los grandes estaban en una continua lucha con el príncipe, no por querer dar ensanche á la libertad de los súbditos, sino á causa de ambiciones privadas ó de la disolución del monarca. Así fueron las cosas de mal en peor hasta Kie, despreciado de todos y odioso por su crueldad y sus excesos, en cuya época pareció cumplirse el destino de aquella dinastía, pues los Chinos dicen que el destino da el imperio á algunas familias para la felicidad de los pueblos, y luego las derroca cuando no pueden ya conservarlo dignamente, ó han cesado de ejecutar aquello á que estaban destinadas.

1783. Chang, jefe de uno de los pequeños Estados que habían formado á consecuencia de la sublevación contra el rey, exhortó á los suyos á marchar contra Kie, diciéndoles: *Kie se ha manchado con graves culpas: consume el producto de los sudores del pueblo, arruina la ciudad capital: sumidos los súbditos en la miseria, no le profesan ya afecto, y viven desacordes entre sí. Kie dice señalando al sol: Yo y vosotros pereceremos cuando aquel astro perezca. ¡Presuntuoso! Venid á atacarlo; ó si no ejecutais mis órdenes, os haré morir con vuestros hijos.*

Después de esta proclama, redactada en el estilo de cuantas se hacen en la China y en otras naciones, estalló la guerra: Kie fué destronado y le sustituyó Chang, bajo el título de Ching-tang, que pareció digno de dar principio á una nueva dinastía.

II Dinastía. 1766. Había mandado escribir encima de su baño: *Para perfeccionarte, purifícate cada día, purifícate cada día.* Todos los vasos destinados á su uso contenían también máximas. Habiendo acaecido una larga sequía y escasez, invocaba sobre sí solo el castigo del Cielo Dirigióse humildemente al pie de una montaña sagrada, y postrado en tierra, confesó

una por una sus culpas; apenas hubo concluido su confesión, una copiosa lluvia volvió la abundancia al reino (1). Sucediéronse luego reyes buenos y malos, ministros leales y prevaricadores; y estos y las mujeres rodeaban el trono. Á todos los reyes excedió en crueldad el último, llamado Cheu-sin, y burlescamente atroz, como Calígula. Habiendo resistido á sus criminales deseos una hermosísima doncella, que puso á su disposición un indigno padre, la mató, la dividió en pedazos, y se la sirvió de este modo al autor de sus días; en otra ocasión abrió el vientre de una mujer para examinar el feto; y Ta-ti, su concubina, reunía en el palacio jóvenes de ambos sexos, excitándoles á que se entregasen á brutales lascivias. No pudiendo callar el ministro Pi-can, reprendió por ello al rey, el cual, después de oírlo, contestó: *Has hablado á la verdad como un sabio. Cuéntase que los sabios tienen siete aberturas en el corazón. Veamos si es cierto.* Y le mandó descuartizar.

Huen-huang, príncipe de Cheu, acudió también á él con quejas; pero no atreviéndose á matarlo, á causa de su poder, lo encerró en una prisión. Sus amigos lo rescataron, dando por él una inmensa cantidad de joyas y la más hermosa doncella; y en seguida lo colocaron al frente de un partido, enemigo jurado de la dinastía reinante. Vu-huang, su hijo, reunió un ejército de los súbditos rebeldes, y derrotó á Cheu-sin, quien, como Sardanápalo, después de vestirse las reales insignias, se encerró en una torre con sus tesoros, y pereció allí entre llamas. Vu-huang (el rey guerrero) ascendió entonces al trono.

III Dinastía. 1122. Cuando verificó su entrada en la metrópoli, se presentó á él con quejas el hermano su hermano Pi-cung; y luego que el pueblo le vió, preguntó al antiguo ministro: *¿Es este Vu-huang? — No,* respondió: *su aspecto es demasiado fiero. El sabio tiene el aire modesto y muestra temor en cuanto emprende.* Apareció en seguida Tai-cung, primer ministro, montado en un hermoso palafren y con tremendo aspecto: el pueblo preguntó: *¿Será este acaso el nuevo Señor? — No,* respondió el ministro; *este pudiera compararse á un tigre cuando reposa, ó á un águila ó á un gavilán cuando se levanta: si disputa, le arrebatara su carácter impetuoso. El sabio no es así; pues sabe avanzar y retroceder á propósito.* Viendo en seguida á Cheu-cung, hermano menor de Vu-huang, que se acercaba con aire lleno de dignidad, le tomó el pueblo por el rey; pero el antiguo ministro dijo: *No; la frente de este aparece siempre grave y austera; y solo piensa en exterminar el vicio. No es el hijo del Cielo, sino su ministro y gobernador. Así sabe el hombre cuerdo hacerse temer hasta de las personas honradas.* En esto se presentó un hombre majestuoso y sin embargo modesto, con fisonomía á la par seria y afable, rodeado de multitud de oficiales, cuyas respetuosas ma-

(1) *Mém. sur les Chinois*, t. III, p. 144.

neras indicaban que era el soberano; y el ministro dijo: *Este sí que es el nuevo príncipe. Cuando el sabio quiere hacer la guerra al vicio y devolver á la virtud su imperio, domina las pasiones de modo que no muestra nunca ni cólera contra el vicio, ni alegría á la vista de la virtud.*

Vu-huang fué un grande hombre, como los jefes de dinastías; mudó el calendario y el color nacional, según costumbre de los Chinos casi en todos los cambios dinásticos; restableció las buenas leyes antiguas, y derogó las malas; y tuvo siete historiadores. Señaló en feudo á los grandes que le habían ayudado pequeñas soberanías, ó mas bien trató de arreglar de algun modo los feudos que los señores habían formado, y entre los cuales, como entre gentes menores consanguíneas, se engrandecía la principal, que quizá fué entonces cuando tomó el nombre de *Imperio del Medio*.

1115. En tiempo de su sucesor Ching-huang, floreció en el poder el ministro Cheu-cung, uno de los hombres mas ilustres de la China, sabio astrónomo, que conocia las propiedades del triángulo rectángulo y de la aguja magnética, y se las enseñó á los pueblos extranjeros que habían acudido á su país. Los anales sagrados continúan dando cuenta de sus discursos y máximas y de las de sus sucesores, que consolidaron cada vez mas el imperio chino, extendiéndolo aun á costa de los Estados inmediatos. El monarca mas memorable de esta dinastía fué Mu-huang, el cual se dirigió hacia Occidente, y recibió los homenajes de una reina llamada Si-huang-mu (madre del rey occidental) que le cantó estos versos: *Blancas nubes hay en el cielo, y se descubre la cúspide de un monte; para llegar á él, es muy largo el camino, y hay en el intermedio collados y ríos. Quien tiene un hijo, no muere. Cástate, y podrás volver.*

El rey contestó: *Vuelvo á las riberas orientales. He arreglado los nueve tonos de la música: los diez mil pueblos están regidos con igualdad. Os contemplo atentamente: he pasado tres años comparando: ahora me marcho á mi desierto.*

Así se introducen continuamente en la historia la moral y la poesía. En particular, el doctor Confucio, en su *Libro de los versos (Chu-King)*, ha conservado una porción de canciones y sátiras fulminadas por el pueblo contra los degenerados descendientes de Mu-huang, y animadas de un vigor que sorprende en una nación esencialmente ceremoniosa. «Érase una morera tierna y flexible, cuyas hojas y ramas prestaban sombra desde de lejos á la tierra. Ya caen secas y amarillas las hojas. El pueblo, que vive á su abrigo, se halla agobiado de fatiga; son tantas las miserias que padece, que no encuentra reposo. Un pesar acerbo le consume, y su dolor ha llegado al colmo. Grande es tu poder, oh Cielo augusto; No tendrás lástima de nosotros? Recorren el país cuadrigas de bueyes y parejas de fogosos corceles: los estandartes están

desplegados al viento. Todo se vuelve desorden y confusión; todos los Estados se hallan en peligro; todas las gentes están expuestas á gravísimas desgracias. ¡Oh dolor! El reino se encuentra en la condición mas deplorable: camina precipitadamente á su ruina.

No hay ya esperanza para el reino: el Cielo augusto no se cuida de nosotros, y nos abandona. ¿Queremos alejarnos de estos tristes lugares? ¿Adónde ir? ¿No cumple á gente cuerda conquistar una patria con las armas? ¿Quién ocasiona tamaños males? ¿Quién nos sumerge en tan grandes miserias?

Destrozase mi alma de dolor al pensar en las calamidades que pesan sobre mi patria. ¡Desgraciado de mí, si tengo que resignarme á tan miserable vida! Hemos incurrido en la cólera del Cielo: de Oriente á Occaso no hay un asilo donde refugiarnos. ¡Ah! ¡en qué abismo de miserias hemos caído! ¡y de cuántos obstáculos están cubiertos los caminos por donde pudieramos salir á salvamento!

Prepáranse proyectos, adóptanse resoluciones; pero el reino se va desorganizando de día en día. Proclámense en voz alta las desventuras que sufrimos; hágase entender á los ministros lo que conviene ejecutar. ¿Quién que ha cogido un hierro ardiendo, no se apresura á meter en el agua la mano? Pero, cuando todos caminan rápidamente á un naufragio seguro, ¿cómo remediar tantas calamidades?

Los comparo á un hombre que anda en sentido contrario al viento, y no puede recobrar el aliento. Si alguno quiere proponer un dictamen prudente, claman todos: ¡Trabajo superfluo! cuida mas bien de tus campos: es preferible que el pueblo se proporcione el sustento cultivando sus tierras, que mezclándose en los negocios públicos.

El Cielo hace que lluevan sobre nosotros toda especie de calamidades; prepara desastres al reino; arrojará en breve del solio al príncipe que hemos colocado en él; entrega nuestros campos á los insectos para que los devoren; las mieses se secan en todas partes. ¡Oh malhadado reino del Centro! Todos los pueblos deploran tu miseria y tu ruina. Quisiera implorar el favor del Cielo; pero me faltan las fuerzas y el valor.

Un príncipe justo y benéfico es la esperanza del pueblo; reúne en sí todos los votos; pone toda su atención en tener buenos ministros, y hacer feliz al pueblo. Pero un príncipe inicuo y cruel se reputa él mismo como el único sabio, y confiando en su mentirosa prudencia, turba la tranquilidad del Estado, y se enajena el corazón del pueblo.

Dirigid vuestras miradas á aquella selva, ciervos y cervatillos huyen á vuestra vista. Ya no reina la confianza entre nosotros: los amigos huyen: ya no hay amistad. De boca en boca se oye repetir: Anda de aquí, vuelve allá, y en ninguna parte encontraréis concordia ni alegría.....

El pueblo no goza ya de reposo ni de tranquilidad, porque hombres perversos infestan el reino y chupan el fruto de sus sudores. Si alguna vez esos hombres se manifiestan honrados, y dicen que no aprueban las maldades que de orden superior ejecutan, mienten. Mis acusaciones son vituperadas, y tú las querrias suprimir; pero otros han cantado y maldecido ya.

827. Este y otros cantos punzantes encontraban eco en el descontento popular, al cual se siguió el levantamiento, y trescientos individuos de la familia real fueron exterminados, salvándose solo el tirano y su hijo menor (1). Después de catorce años, en los cuales gobernaron feudalmente los jefes de los diversos principados, fué repuesto en el solio aquel huérfano salvado con el nombre de Siuen-huang.

Aunque duró muchos siglos esta dinastía (256), no sobresalen en ella nombres insignes: los reyes se abandonan la á tiranía; amujeres y eunucos los dominan; los Tartaros los acometen; á su muerte se matan centenares de personas, y al paso que la monarquía se debilita, aumentan sus fuerzas los príncipes, entre los cuales queda dividido el reino, y la anarquía afirma el pié en el país. Entre estos desórdenes aparecen dos grandes doctores, Lao-seu y Cung-fut-seu, en los cuales conviene que nos detengamos largamente, como en aquellos que resúmen en sí el estado de a civilización de una época ó de un pueblo.

CAPÍTULO XXVI

Filosofía china. — Lao-seu.

La filosofía china mas antigua se encuentra en el *Y-king*, ó libro de las transformaciones, enciclopedia que algunos suponen ordenada hasta por Fo-hi, y reformada de un modo mas inteligible doce siglos antes de J. C. El pensamiento general de esta obra es demostrar el origen de las cosas y sus transformaciones, dependientes de la sucesión de las estaciones. Dios es considerado como el gran complemento de todo, sobre el cual están implantadas todas las cosas; es *Ly* y *Tao*, razón y ley, y como tales se revelan á nuestra inteligencia. No me atrevo á explicar aquí su caprichosísima teoría sobre los números, la cual demuestra sin embargo que en las primeras tentativas de la filosofía se encuentra siempre esa mezcla de leyes matemáticas, las cuales depues, desde Kepler y Newton, debían ser consideradas verdaderamente como base de los fenómenos astronómicos. La moral estaba reducida á imitar la razón celeste.

Desenvolvióse esta filosofía en dos escenas, en la de *Lao-seu* por medio de la metafísica, en la de *Cung-fu-tseu* por medio de la moral.

(1) Este es el argumento de la tragedia china el *Huérfano*, la primera que se tradujo en lengua europea, imitada por Voltaire y después por Metastasio en el *Huérfano de la China*.

En la vida de Lao-seu, como en la de todos los grandes hombres y jefes de secta, se mezclan las fábulas con la historia. Supónenle las leyendas anterior al cielo y la tierra; esencia pura celeste, perteneciente á la naturaleza de las inteligencias divinas; hizo hombre y se transformó varias veces, cumpliendo los diversos destinos de este mundo de polvo y de fango. Yo, le hacen decir, *nací antes que ninguna forma corpórea se manifestase: aparecí antes que el supremo principio. Yo estaba presente cuando la gran masa primitiva se iba desenvolviendo; y estaba en pié sobre la superficie del Océano primordial, en equilibrio en medio del grande espacio vacío y tenebroso: y entré y salí por la misma puerta de la misteriosa inmensidad del espacio* (1).

Estas y otras cosas sobrenaturales refieren de él los Tao-sse, secta que con los letrados y los buddistas divide aun hoy el imperio de la China, y que queriendo convertir la filosofía de Lao-seu en una religion, hace de él un ser perfecto, una manifestación de la suprema inteligencia. Pero los letrados, que tambien le tienen veneración, aseguran que nunca pretendió ser mas que hombre.

Por los historiadores, y principalmente por Sse-ma-tsian, sabemos que Lao-seu nació de familia pobre, junto á la aldea de Li, en el estado feudal de Tsu, hoy la provincia de Hunan, el día décimocuarto del noveno mes del año 604 á. C. Añaden, y esto ya es increíble, que su madre lo llevó en el vientre ochenta y un años, y que nació ya canoso, de donde le vino el nombre de *Lao-seu*, viejo niño. Los males de su patria y la universal corrupción le conmovieron de tal modo, que apartándose de aquella, se dedicó á la vida retirada y contemplativa. Nombrado historiador de un rey de la dinastía Chin, tuvo ocasion de informarse de las doctrinas antiguas y de los ritos; obtuvo después un pequeño mandarínato; por último, viajó por los pueblos occidentales, y esta es la primera peregrinación de los sabios chinos de que se hace memoria. No puede decirse á punto fijo por dónde anduvo, pero es probable que visitase la Bactriana y la India y allí conociese las doctrinas bramínicas y la gran reforma de Budda, que después habia de echar tan profundas raíces en su patria.

Depositó toda su sabiduría en un libro titulado *Tao-te-king*. *King* quiere decir libro clásico, y *tao-te* son las dos palabras con las cuales comienzan las dos partes de su libro, que de aquí tomó su nombre como los del Pentatéuco. Los dos títulos unidos significan libro de la virtud y del camino (2). Sobre la antigüedad y

(1) Bajo este aspecto está considerado en la *Memoria sobre el origen y la propagación de la doctrina del Tao fundada en la China por Lao-seu*, traducida del chino y acompañada de un comentario sacado de los libros sanscritos y del *Tao-te-king* de Lao-seu; seguida de dos Upanishads de los Vedas con el texto sanscrito y persa. Paris, 1851.

(2) Véanse en las *Mem. del Instituto de Francia*, tomo VII, una disertación de Abel Remusat sobre este filósofo, y mejor